

VENTANAS QUE DAN A DIOS.

Introducción. Volvemos a tener delante de nuestras vidas el regalo más grande que Dios nos ha podido hacer. La vida de Jesús regalada a la humanidad es camino, verdad, vida, que nos muestra las huellas por las seguir. Y la posibilidad de asistir asombrados a la noticia que cambia la historia de toda la humanidad: el amor es más fuerte que la muerte.

“Tanto amó Dios al mundo que nos ha entregado a su hijo único para que todo el que crea en Él tenga vida eterna”. Jn 3, 16.

Así pues se nos pone por delante una vida nueva, una vida abundante. Y tenemos que aprender a descubrirla, a experimentarla, para que no se nos quede en un concepto más, en una idea, sino que pueda llegar a abarcar todos los niveles de nuestro ser. La mente, el corazón, la carne, tocadas por la vida abundante que nos regala la Pascua, se despiertan a un nivel de captación del amor que nos envuelve, que estremece, sorprende. Una mente resucitada aleja el juicio permanente y constante sobre los demás. Ya no vive mal pensando, ya no vive culpando, o reprochando. Vive, como la mente de Cristo, de buscar reconciliar las vidas rotas de sus amigos. Un corazón resucitado no se pasa el día mendigando amor, o añorando o fantaseando, sino que es capaz de reconocer lo amado que es su historia, su presente, y vive con una esperanza sólida el futuro. La corporalidad del resucitado cambia. Ya no se parece al último recuerdo que tenían los discípulos del Jesús torturado y bañado en sangre. Es un cuerpo que recuerda las llagas de la cruz, pero que renovado por el amor, no se entristece de su fragilidad, sino que es capaz de convertirlo en abrazo, en beso, en caricia, en lugar de encuentro con la misericordia de Dios, y su oferta permanente de paz.

La muerte se nos presenta a nuestra existencia como el gran límite, el gran muro en el que se nos estrellan todas las aspiraciones de trascendencia, de plenitud. Y su alargada sombra envuelve todos nuestros proyectos humanos y los llena de cierta tristeza, de cierta nostalgia. Jesús camina abiertamente hacia la cruz, mirándola fijamente, vencéndola con una vida acompañada y fiada totalmente en el Padre. De ese pulso entre amor y muerte, entre confianza y soledad, sale vencedora la vida.

“Como los hijos comparten carne y sangre, lo mismo las compartió él, para anular con su muerte al que controlaba la muerte, es decir, al Diablo, y para liberar a los que, por miedo a la muerte, pasan la vida como esclavos.” Heb 2,14-15.

El miedo a la muerte nos hace vivir como esclavos. Asustados, inseguros, acobardados, por eso cerramos las puertas, por eso nos escondemos, y no mostramos la belleza que nos habita en lo profundo del corazón. El resucitado viene empeñado y convencido de que a base de amor será capaz de expulsar nuestros miedos y convertirlos en fortaleza y alegría.

Lo que Dios nos dice. *“Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice: Paz con vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús repitió: Paz con vosotros. Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros. Dicho esto, sopló sobre ellos y añadió: Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los mantengáis les quedan mantenidos. Tomás, que significa Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: Hemos visto al Señor. Él replicó: Si no veo en sus manos la marca de los clavos y no meto el dedo por el agujero, si no meto la mano por su costado, no creeré. A los ocho días estaban de nuevo dentro los discípulos y Tomás con ellos. Vino Jesús a puertas cerradas, se colocó en medio y les dijo: Paz con vosotros. Después dice a Tomás: Mete aquí el dedo y mira mis manos; trae la mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, antes cree. Le contestó Tomás: Señor mío y Dios mío. Le dice Jesús: Porque me has visto, has creído; dichosos los que crean sin haber visto.” Jn 20, 19-29.*

La luz de la vida, Jesús, tiene la potencia y la divina voluntad de llegar a tocar todos los oscuros rincones de nuestra humanidad. Las puertas cerradas, son la imagen de todos los espacios de nosotros mismos que no dejamos que llegue la claridad de la Pascua. Viejas heridas, sentimientos de rechazo por algo mal vivido, la vergüenza, la culpabilidad, las doloras soledades, los complejos, las humillaciones y burlas, las envidias. Hay tantas zonas oscuras en cada una de nuestras historias. Y la resurrección de Jesús prioriza acercar a todas esas zonas dañadas y lastimadas un anuncio de paz. Vivamos con paz nuestra historia humana, porque hay una razón poderosa para sentirnos valiosos y valiosas. La mirada de Jesús, que llamándonos por nuestro nombre nos invita a la vida renovada.

No son obstáculo para el resucitado, ni las puertas cerradas, ni los miedos, ni los pecados cometidos. Yo pongo distancia, Él cercanía. Yo pongo vergüenza, Él misericordia. Yo me veo incapaz de amar, Él derrama todo su amor en mi corazón para que ame con su misma calidad de entrega, y de generosidad. Nos invita a tocar, a experimentar en primera persona su amor resucitado: “mete el dedo en mi costado”. Yo pongo lágrimas, tristeza, desesperación, queja, Él motivos para la alegría. Yo pongo muerte, y Él vida abundante, corazón ardiente.

Cómo podemos vivirlo. Se nos regalan oportunidades diarias para hacer el ejercicio consciente de pasar de la muerte a la vida. Ese paso debe ser consciente, ahí es donde el Señor nos pide su colaboración. Ayudémosle a rescatar tanta humanidad sufriente, a tanto corazón frío, a tanta gente que hace de su vida un sepulcro, y ayudemos a cantar el Aleluya de la tierra.